

Pueblos originarios: ¿la cultura perdida?

Encuentro con nuestra identidad latinoamericana en el aula de literatura

Ornela Lizalde¹

Resumen

Esta ponencia da cuenta de la experiencia de práctica docente desarrollada durante los meses de agosto y septiembre del presente año en 4to año de la E.E.S.T N°3. El proyecto abordó un corpus de textos míticos latinoamericanos que se me presentó como un desafío, en vistas de la gran falencia en mi formación literaria que representa la falta de contacto con la mitología latinoamericana. Considerando que el conocimiento de estos textos es una base fundamental para la construcción de nuestra identidad como pueblo, me pareció interesante poder compartir con los chicos una experiencia de lectura que pudiera enriquecernos a ambos, y también tratar de acercar esa experiencia al resto de la institución. Para esto, se propuso preparar afiches que den a conocer estas culturas y sus relatos al resto de la escuela, especialmente teniendo en cuenta la proximidad de la fecha en que se conmemora la diversidad cultural en nuestro país. En ambos cursos los alumnos se mostraron muy interesados en discutir estos textos y para mí fue una experiencia de aprendizaje muy rica que me permitió acercarme a un acervo cultural propio que me era hasta entonces desconocido.

Palabras clave

Mitología latinoamericana - culturas originarias - cosmogonías

Si tuviera que definir mi experiencia en las prácticas docentes diría que he sido muy afortunada: elegí y me tocó una escuela, una docente y cursos con los que me sentí muy cómoda y que me ayudaron mucho. No sólo elegí un año, 4º, en el que yo ya tenía experiencia, sino que la profesora titular me dio total libertad para el elegir el tema que quería preparar: "porque uno en sus prácticas tienen que sentirse cómoda", esas fueron sus palabras. Esta libertad me llevó a plantear una secuencia que tenía pensada a partir de reinterpretaciones de algunos mitos griegos (Teseo y el minotauro, Eco y Narciso), sin embargo algo no terminaba de convencerme: sentía que estaba dejando de lado el énfasis que el diseño pone en la literatura latinoamericana, y eso me llevó a reconocer mi ignorancia y mi falta de contacto con este tema. Empecé a pensar en

¹ Estudiante avanzado de las carreras del Profesorado y la Licenciatura en Letras en la Universidad Nacional de Mar del Plata. Adscripta a la cátedra de Teoría y crítica literarias I. Se desempeña como docente de Literatura y Prácticas del lenguaje desde 2010 en diversos establecimientos de gestión pública y privada del partido de Mar Chiquita.
E-mail: ornela_mdq@yahoo.com.ar

cómo culturalmente estamos rodeados de referencias a la mitología griega y a la cultura europea en general, y lo importante que sería para nosotros tener acceso a todo un universo cultural que nos ha sido negado históricamente. Esta primera hipótesis la confirmé el primer día hablando con los chicos: ellos tenían conocimiento, de hecho, de varios textos y personajes de la mitología clásica. Algunas historias las habían leído en años anteriores, otras las conocían por películas o videojuegos. Absolutamente todos sabían quién era Zeus, sin embargo nadie conocía, por ejemplo, la historia de Quetzalcoatl.

Centrarme en un corpus de textos latinoamericanos nos permitiría entrar en contacto con las culturas originarias de nuestra región, que han sufrido durante siglos un borramiento cultural e identitario a partir de la violencia física y simbólica ejercida sobre ellas. La aproximación a estos relatos, que tienen un rol fundamental en la transmisión de su cultura y su forma de ver el mundo, es una herramienta invaluable para apropiarnos del acervo cultural de estos pueblos y enriquecer la construcción de nuestra identidad como latinoamericanos. Por otro lado, la lectura de textos pertenecientes a una cultura ajena permite abrir una ventana hacia otras formas de mirar y pensar la realidad, y ese es, creo yo el valor fundamental que puede tener la literatura en la escuela, asomarnos a otras formas de sentir, de pensar y de experimentar que desarrollen nuestra capacidad empática con el otro y nos permita conocer el mundo fuera de nuestro reducido ámbito cotidiano.

Elegir un corpus centrado en los mitos latinoamericanos entonces, me parecía lo más apropiado, sin embargo, representaba para mí todo un desafío ya que prácticamente nunca los había leído o escuchado y poco o nada sabía acerca de sus culturas de origen. Investigando un poco me encontré algunos libros interesantes como *El pensamiento indígena en América* de Luis Alberto Reyes (2008), que me guiaron en la selección del corpus y el análisis de los textos. Decidí entonces seguir con el proyecto y ampliar esta idea de dar a conocer nuestras raíces, hacia el resto de escuela. Pensé que estando próximos al 12 de octubre, los chicos podrían terminar el proyecto con la producción de un afiche que reflejara lo trabajado. La idea sería hacer una suerte de antología pero en afiches que se pegaran en los pasillos de la escuela para que todo aquel que

estuviera interesado pudiera leerlos. Divididos en grupos, cada uno elegiría un relato que le gustase y lo mostraría al resto como punto de partida para conocer a la cultura que se halla detrás. Para ello debían tomar contacto con el género y leer una cantidad de textos que les permitiera luego elegir el propio.

Esto me llevó al segundo problema: la selección de textos. Una vez que me sumergí en este mundo, las relaciones o los *envíos*, como los llamaría Analía Gerbaudo (2011), comenzaron a desplegarse y a entretajerse como un rizoma monstruoso: de la mitología latinoamericana a la griega o al génesis, del texto literario a la música, la pintura, el cine, los videojuegos; reelaboraciones, aproximaciones actuales, documentales, textos que tratan los mismos temas pero muestran formas de concebir el universo y la sociedad completamente diferentes. El universo que se despliega es muy vasto y me pongo ambiciosa: no quiero dejar nada afuera, me doy cuenta de que intento abarcar lo inabarcable y comprimirlo en un secuencia de 5 clases. El resultado es un proyecto que, más que optimista yo diría que fue completamente ilusorio. Siempre tuve problemas con los tiempos, creo que aún no debo haber comprendido lo que significa que una hora tenga 60 minutos y no 150, quizá por esto llego tarde a todos lados, ¿por qué creo que puede hacerse en diez minutos algo que lleva cuarenta? Así comencé mis prácticas con guiones larguísimos que nunca podía llegar a cumplir completamente.

La primera clase me llevó una sorpresa, en los dos cursos los chicos se mostraron atentos e interesados y participaron muchísimo en la conversación literaria. El texto con el que comenzamos: el *Popol Vuh*, resultó mucho más productivo de lo que anticipaba, y surgieron durante la lectura muchos temas ricos para el debate: la condición de “verdad” del texto, la necesidad de contar esas historias y la utilidad que puede tener para nosotros el leerlas, la discusión entre las interpretaciones literales y alegóricas. Yo les había explicado antes de dónde provenía el texto y las instancias a través de las cuales llega hasta nosotros (desde la transmisión oral hasta la versión contemporánea que leemos en clase) y ellos se preguntaron acerca de los problemas que trae la mediación del texto, la manera en que las estructuras de pensamiento (en clase hablamos de “cultura” y “formas de ver el mundo”) de los mediadores e inclusive las

nuestras como lectores, modifican la manera en que leemos e interpretamos. También surgió espontáneamente algo que yo había preparado para la segunda clase: los puntos de contacto con otros textos similares (especialmente la biblia) y con el discurso científico. En un momento, leyendo sobre la creación de los hombres de barro, uno de los chicos planteó la consabida pregunta: “¿Pero ellos creían en esto? Es muy fantasioso, no es real...” y automáticamente uno de sus compañeros le contestó: “No sé si es tan así... yo leí que todos estamos compuestos por las mismas moléculas, toda la materia orgánica...Quizás quiere decir eso...”. Hablando sobre el mismo tema en el curso de la tarde, en la modalidad química, ellos incluso me explicaron cuáles eran estos componentes universales (“CHONPS”), y terminamos hablando acerca de la concepción budista del universo y los postulados de la física cuántica. Salí de la clase feliz, yo había dado este texto años anteriores pero era la primera vez que se mostraban tan interesados y que la charla había sido tan productiva. Claro que por otro lado sólo había realizado la mitad del guión propuesto...

4° 3°, el curso de la mañana, era un grupo que participaba mucho. Las conversaciones literarias con ellos fueron siempre extensas y en general aportaban cosas muy interesantes a la interpretación de los textos. También los cuestionaban mucho. Especialmente en su “verosimilitud” y su carácter de verdad. Acerca de esto hablamos bastante en todas las clases, tratando de comprender lo que significa situarse en el lugar del pensamiento mítico, dejando de lado las bases de la racionalidad moderna (el principio de no contradicción, por ejemplo, o la necesidad de aportar pruebas y justificaciones a todas las afirmaciones). Por otro lado no trabajaban tanto y la situación en la que se dieron las clases no ayudó demasiado a que se mantuvieran al día.

El curso de la tarde, 4° 14°, era más silencioso pero se mostraban muy atentos y trabajaban en grupos sin problemas. Descubrí sin embargo que hay de darles tiempo para que desarrollen las actividades, que uno no puede estar “corriéndolos” si los chicos están trabajando. Con ellos tuvimos más y mejor tiempo para trabajar en clase y eso se vio reflejado en la calidad de los trabajos que presentaron. También confirmé que como regla general ninguno de los dos

cursos trabajaba fuera del aula, en sus casas, y costaba mucho que trajeran algo de una semana para la otra.

Después de la segunda clase también confirmé que tardaban por lo menos diez minutos en volver a estar sentados trabajando después de cada recreo, lo cual acortaba mi clase unos veinte minutos, por lo cual empecé reducir mis guiones a 1hr 40 in. Pero a esto siguió sumándose una serie de eventos desafortunados: a los dos viernes sin clases, se le agregó un día en que un acto me dejó con una hora de clase y sólo siete chicos en el aula, y otro en la que un torneo de futbol la redujo a con 80 minutos y a 6 alumnos presentes, una tarde sólo di 70 minutos de clase a causa de unos problemas grupales que se estaban resolviendo, a lo que se sumó un paro de ATE que los hizo salir 20 minutos antes, otro viernes tuvimos elecciones y los chicos salían del curso de tres en tres para votar...todo parecía complotarse para que no lograra jamás realizar por completo el guión propuesto.

En estas circunstancias, tuve que aprender a someter mi idealismo a la realidad: por más genial que me pareciera leer un texto sobre la caída de Tenochtitlán para después escuchar un corpus de canciones latinoamericanistas como prolegómeno a la lectura de los relatos de *Memorias del fuego...* es una secuencia imposible para una clase. Mis ganas de leer todo, analizar todo y discutir todo tuvieron que adecuarse al principio de realidad: los chicos tienen otros tiempos, las conversaciones productivas que los motivan y a partir de las que puedan relacionar sus saberes previos y sus experiencias de lectura con lo que estamos leyendo, no suceden en quince minutos. Uno no puede establecer comparaciones entre relatos cosmogónicos pertenecientes a tres culturas distintas los últimos diez minutos antes del recreo... De manera que después de la tercer clase tuve que capitular: trabajaríamos al ritmo que fuera productivo (que no es lo mismo que al que ellos quisieran....) y si tenía que dejar la mitad de los textos propuestos, bueno, así sería. En definitiva creo que logré una selección de textos coherente y motivadora, y traté de remitirlos a otros textos y objetos artísticos. Ahora queda en ellos si quieren proseguir o no ese conocimiento.

Por mi parte, venía de algunas experiencias difíciles en mis cursos regulares, especialmente con un grupo que no puedo manejar, en el que el desorden que se genera me impide dar clases y en el que casi un tercio de los alumnos se llevan la materia y han abandonado todo intento de trabajar, entender o interesarse. Estas situaciones me desmotivan bastante, más aún cuando las cuestiones disciplinares no me dejan desarrollar proyectos que armé con ganas. Las prácticas renovaron mis ganas de continuar como docente, me mostraron que era posible sacarle fruto al conocimiento y compartir con una clase una instancia de reflexión conjunta. Aún tengo un pequeño trecho que recorrer con ellos, estoy muy satisfecha de esta experiencia que me tocó vivir.

Bibliografía

- Reyes, L (2008): *El pensamiento Indígena en América. Los antiguos andinos, mayas y nahuas.* Buenos Aires: Biblos.
- Gerbaudo, A (2011) «La clase de lengua y de literatura como envío» En *La lengua y la literatura en la escuela secundaria.* Rosario: Homo Sapiens, p. 159 - 184